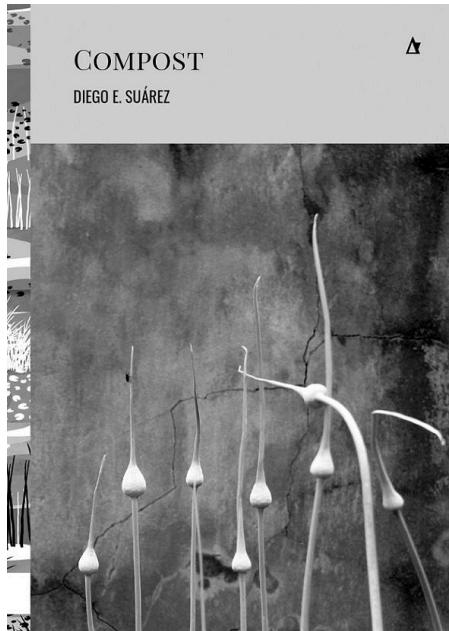


// Reseñas //



Compost

Diego E. Suárez

Editorial Palabrava

Colección Rosa de los Vientos

2024

Ana Verónica Juliano¹

Recepción: 10 de mayo de 2025 // Aprobación: 26 de mayo de 2025

Resplandeciente como el ñandutí

*La tonada resplandece
como el ñandutí
en el centro de la fórmica.*

Diego Suárez

Compost (2024) de Diego Suárez, publicado por la editorial santafesina Palabrava e incluido en su colección Rosa de los Vientos, es su último libro. El poeta misionero, radicado en Santa Fe, lleva cosechados unos cuantos que dan cuenta de una sostenida trayectoria. Entre ellos, *Infinitaedro / El arte de la fuga y el silencio* (Sauce

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Directora e investigadora del Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentinas y Comparadas (IILAC) de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Profesora adjunta de las cátedras de Literatura Argentina I y Literatura Argentina del Noroeste. E-mail: veronica.juliano@filo.unt.edu.ar

Viejo: La Gota Microediciones, 2013); *Sufrimiento de otro en su cuerpo* (Rosario: Serapis, 2013); *Piedritas* (Sauce Viejo: La Gota Microediciones, 2018); *Simple* (Arroyo Leyes: Ediciones Arroyo, 2019) y *lo habitual* (Santa Fe: De l'aire, 2021).

El libro se abre con una dedicatoria: • dedicado con amor a Verónica, Francisco y Lisandro• y con un epígrafe del poeta norteamericano Wallace Stevens que versa: *La poesía es un medio de redención*. Esta apertura orienta nuestra lectura y nos sugiere un posible camino que constatamos, por ejemplo, en poemas como “La cura por la palabra” (34) que condensa formas de la esperanza en torno a la potencia poética: *y ahí viene de nuevo la vida, / de frente, a toda velocidad / y nosotros, ya listos / para la próxima resurrección*. Tanto en la inicial como en las diversas dedicatorias que encontramos en el libro, asistimos a una ceremonia, a una celebración de los afectos, sustentada en una política del cuidado. Al final del poema “Sabiduría” (66-67), por ejemplo, puede leerse, *cada vez que / quería decir / te quiero / le salía: / “te cuido”*. La trama expandida de afectos nos permite ensayar pequeñas agrupaciones en las que se incluyen poemas como “Leyendo a los amigos, a las amigas” (36), “Vínculos” (63), “El arte de amar” (73). Por supuesto, también aquellos poemas que escenifican el lazo entre padres e hijos como “Saturno” (69) e “Incitación al parricidio” (70).

Diseminadas en los poemas, encontramos diversas huellas de reflexión metapoética. El poeta, con su hacer de poesía, esboza su propia concepción acerca de lo que puede un poema en el sujeto o de lo que los sujetos podemos con los poemas. Estas notas reflexivas nos sugieren una nueva agrupación, o zona de ensayo dentro del poemario, a la que adscriben piezas como “Al pie de la letra” (22), “Confianza de ahora” (23), “Banda de Möbius” (25), “Explicación” (28), “Hablo por mí” (31). En esta pequeña serie se devela, con humor e ironía, la dinámica viciada de ciertos circuitos o modos de concebir un deber-hacer de la poesía. En “Un amigo es una luz” (26), permeada por el discurso del marketing, la voz poética afirma: *Un amigo te sirve / Malbec en el copón y palabras / más, palabras menos, te recomienda / encontrar un agente literario: / “Esto es como el fútbol, / para jugar en primera / necesitás un representante”*.

La dimensión dialógica y recíproca de la palabra constituye una constante en este libro que, como una compostera, se nutre de materias diversas para crear un abono. Acción que se advierte en este gesto, presente en los versos del primer poema, que da nombre al libro: *capa / sobre capa y mezclar / hasta hacer de eso / algo fértil* (11). En tanto apuesta al valor de lo heterogéneo, este poemario se funda a partir de una práctica incorporativa: múltiples voces lo habitan, las citas literarias marcadas en el texto y referidas en las “Notas prescindibles” (81-82) del final, así como el espesor de la oralidad que se hace audible en algunas líneas, aquella tonada resplandeciente que señalamos al inicio, configuran un cuerpo complejo para estos poemas que abrevan en diversas fuentes. En poemas como “En torno al crisol” (14) figuras del tipo: *la lumbre de la conversa o de regreso al bulbo del habla* traman elogios para la conversación, que recrean rituales imprescindibles, en tanto condición humanizante, vilipendiada en este presente sordo. Ahora bien, no son solamente las voces de la oralidad y sus modulaciones las que otorgan sonoridad a estos poemas. En “Chicharras” (19), la palabra situada, presente en elementos reconocibles por su fuerza identitaria como un árbol de níspero, se recupera un escenario de la infancia, territorio sagrado para la construcción de la palabra, en el que la poesía se manifiesta por fuera del lenguaje humano, en otras formas de vida: *La primera vez que escalaste / rama a rama esa estructura viva / fue para verlas de cerca / dejándote guiar por el sonido*. También en “Grillo” (32), poema dedicado al poeta Roberto Malatesta, a quien Diego Suárez ha estudiado en profundidad, la epifanía poética sucede ajena al lenguaje: *El poema / es un grillo*. O en el arrroró que murmura una gata parturienta en el poema “Destete” (47). Hay que decir que esta conexión con la naturaleza y sus expresiones vitales delinean otra zona de enunciación interesante: aquella que traduce preocupaciones ecologistas. Inscribo, aquí, a poemas como “Compost” (11), “Episodio” (13) y “La garza” (45). En “Episodio” puede leerse: *Si las bolsas de plástico tardan / alrededor de 150 años / en descomponerse, quiere decir / que la Tierra andará todavía / indigestándose con el envoltorio / de las galletitas que comimos / en nuestro último paseo / cuando pueda devolverte la visita*. También, como nota relevante para esta expresión poética sumamente

contemporánea que ofrece el autor, la puesta en crisis de la masculinidad hegemónica, en tensión con otros modos de andar-haciendo y de estar-siendo hombre. “Tiernito” (20) es un ejemplo de ello. Mientras el yo poético evoca *Un día me enseñaste a tejer*, la voz del tío sanciona: *-Te están haciendo demasiado tiernito*. Es posible armar una pequeña colección de metáforas textiles que -valga la redundancia- entraman cuerpo, escritura y materia sonora: *Tejer sigo tejiendo* (21), *el huso de la palabra* (22), *hilo mi ser* (22), por mencionar algunas.

Un deseo intenso vertebría los poemas que integran *Compost*: *para que sea sublime lo cotidiano* (74) manifiesta una línea del poema “El arte de amar”. Y quizás esta sea la clave de ingreso a este universo. Si lo pensamos un momento, compostar, tejer y escribir tienen algo en común, no sólo comparten las manos que se hunden en el barro o que, acompañadas, mueven las agujas y las tintas, sino también que constituyen necesarias formas del amor en un mundo hostil, ruinoso, pero que, cada tanto, resplandece como *el ñandutí* (14) que es también un modo de ser poema.